

GRABADO DE DESCARTES



Cuadro al oleo del pintor Nicolás Rocca

HOMENAJE

A

DESCARTES

EN EL TERCER CENTENARIO

DEL

“DISCURSO DEL METODO”

GENESIS Y PRINCIPIOS DE LA MORAL CARTESIANA

“egó to eimarmenon nikô: yo soy victorioso de la necesidad. Himno a Isis. v 53, de Kimeo de Eólida”.

Descartes ha construido un sistema completo de moral que es una de las mejores partes de su filosofía.

Para poder tener una idea precisa de la moral de Descartes, para dar una razón de sus principios morales es necesario estudiar el medio histórico y el estado psicológico en que se encontró el filósofo francés a raíz de su formación intelectual.

Sus maestros, los jesuitas de La Flecha, no le inculcaron una cantidad de nociones ya demostradas; le dieron una formación intelectual determinada, presentándosele con un temperamento psicológico, moral e intelectual bien definido.

Para comprender, pues, el punto final de la especulación moral cartesiana es necesario conocer el ambiente educacional en que vivió nuestro filósofo.

La Compañía de Jesús lleva en sí el sello de la época que la vió nacer, las características de su fundador. Si la Compañía ha rendido incalculables servicios a la Fé Católica, lo ha hecho siguiendo el tenor de sus facultades propias.

La Compañía de Jesús, que tuvo su origen en la época del Renacimiento, fué fundada en vista de un apostolado de naturaleza práctica. Este aspecto aporta mucha luz para estudiar el pensamiento moral de Cartesio.

El fenómeno histórico del Renacimiento es complejo y vario; no pretendemos describirlo en su totalidad; sólo queremos estudiar sus aspectos moral y religioso.

En la primavera de la vida el hombre acaricia el sueño de una

existencia más amplia y vigorosa. La imaginación al conjuro de la naturaleza aspira a una nueva vida que permitirá un desarrollo más libre de nuestras facultades, desbordándose del cauce hasta que un esfuerzo sobre nosotros mismos nos llame nuevamente al orden de nuestra complexión, a la jerarquía real de los valores.

El Renacimiento realizó una aspiración de este género resolviendo toda la vida a través de la potencia imaginativa; en el orden intelectual se presentó como una reacción contra la austeridad de la metafísica, objeto principal y uno de los frutos más bellos de la Edad Media. Filósofos los hubo en el Renacimiento, pero todos intentaron desviarse de la rígida precisión de los escolásticos, para hallar las reglas del bien pensar y del bien vivir como punto directo de la naturaleza humana. Platón exquisito artífice en coronar de flores e imágenes espléndidas a su pensamiento fué preferido a Aristóteles.

Del mismo modo el hombre buscaba una moral menos rígida: acariciaba el ideal de un noble edonismo, menos elevado que la concepción anterior; pero más armonioso, todo penetrado de *phrónesis* que invita al hombre a dominar a sí mismo y a sus pasiones y mostrarse en todo lleno de medida (*metrios*).

En este medio, una moral sobrenatural, que justificaba su austeridad y hasta los actos heroicos por una norma de conducta superior al hombre, debía ser adulterada amablemente y sus austeros principios olvidados. Los filósofos, especialmente los tomistas, habían colocado el fin de la vida humana en una felicidad superior, en Dios, habían llevado el auxilio de la gracia a la naturaleza que buscaba un ideal de vida, superior a sus fuerzas. ¡Oh los secretos de las almas y de la gracia! Este equilibrio superior pareció demasiado arduo a los humanistas. Sin nunca negar los valores de la moral revelada, quisieron sustituírla, más o menos conscientemente, con una moral de pura naturaleza. El Renacimiento se forma un ideal de la vida cuyo centro es la naturaleza, los humanistas se sintieron felices y entusiastas en demostrar o creer demostrar que este ideal tuvo una realización histórica. De allí en los intelectuales del tiempo la tendencia de ver en la antigüedad greco-romana una especie de Edad de Oro, en que los hombres consiguieron la perfección y la felicidad siguiendo simplemente las reglas de la naturale-

za y de la armonía. Llegaron a forjarse una antigüedad ideal, donde de todos los instintos eran siempre bellos, nobles, profundos, porque todo era humano.

Esta era la mentalidad de las altas esferas intelectuales al nacer la Compañía de Jesús, la cual quiso ser una reacción franca, decidida, casi violenta contra los elementos naturalistas del Renacimiento. En el orden moral los Jesuitas proclaman con una vigorosa y magnífica austeridad, las leyes superiores del Evangelio, los derechos soberanos de Dios en proponer al hombre un fin sobrenatural. En el orden intelectual, al Renacimiento y al Protestantismo oponen la dependencia de lo natural frente a lo sobrenatural.

A pesar de haber sido fuerte esta reacción, sin embargo la Compañía, en su desarrollo intelectual, resiente de la corriente humanista. En efecto el Molinismo es una reivindicación de la autonomía contra el siervo albedrío de Lutero. Lo mismo digase en la enseñanza. Se ha hecho notar que Cartesio fué en su juventud un soñador y se complacía en la lectura de novelas, como lo ha demostrado Cantecor en "L'oisive adolescence de Descartes". De aquí ese mundo en ensueños en que aparece sumido durante la primera juventud.

Pero, cualquiera que sea el juicio que se formule sobre esta interpretación, es innegable que por reacción o por asimilación el Renacimiento ha dejado huellas en el temperamento de la Compañía de Jesús. Estas influencias a su vez, se hicieron sentir en el antiguo alumno de la escuela de la Fleche, especialmente si consideramos el pensamiento de Descartes en su conjunto. El sistema filosófico se explica por la psicología del antiguo discípulo de la Fleche, propensiones y reacciones naturales; vacilaciones y divergencias de ideas; obstinación e incomprensión de sus maestros.

Para corroborar nuestra afirmación tomemos la tendencia principal de nuestro filósofo, la necesidad imperativa de establecer una crítica del conocimiento. De más está decir que este deseo proviene de su genio; pero el ardor de obedecer a esta tendencia se explica en parte, por su estado psicológico, al terminar sus estudios clásicos. De la inteligencia humana discursiva y deductiva nace la necesidad de la evidencia y del valor de la claridad inicial. Descartes, desde su juventud, ha sentido esta necesidad de remarcar el

valor de la afirmación inicial, porque hay una íntima unión entre la necesidad de una evidencia fundamental y entre la de ordenar las diferentes certidumbres. Por lo tanto, de la misma fuente psicológica nace en Descartes su amor por la certidumbre y su amor por un método riguroso, universal.

Cantecor dice que existía en Descartes adolescente una voluntad indecisa que sufría angustias. En su búsqueda de la certidumbre había la sed no sólo de la inteligencia sino la sed de todo su temperamento psicológico. Aun más esta búsqueda de la certidumbre es debida a que nuestro filósofo quiere dar a su voluntad una fuerza mayor.

En efecto en su adolescencia la melancolía predispuso a nuestro filósofo a soñar conquistas en una obra heroica de la creación de una nueva filosofía y de una crítica del pensamiento. Tristeza amarga que tiene un punto importante en el desarrollo de su pensamiento filosófico.

Estos aspectos de la vida de Descartes no son aspectos románticos, secundarios, sino la historia humana, es decir la verdadera historia.

El mismo motivo ha influido en su doctrina moral. Frente a la indecisión y la obscuridad de la escuela, a causa de la diversidad de opiniones, contrarias las unas a las otras, Cartesio nos revela la fuerza íntima que constituye la unidad de su pensamiento, su sabiduría. Es a este fin que son dirigidos sus esfuerzos.

Toda la filosofía cartesiana, basada sobre el método, es una cultura del juicio, una firme y permanente voluntad de ir hacia la verdad, un incesante esfuerzo intelectual y moral para conseguirla. En la prefación de "Los principios de filosofía", hecha en 1647, Descartes dice: "toda la filosofía es como un árbol cuyas raíces son la metafísica, el tronco la física, y las ramas que salen del tronco son todas las otras ciencias que se reducen a tres principales: la medicina, la mecánica y la moral, entiendo la más alta y perfecta moral que presuponiendo el entero conocimiento de las otras ciencias es esta moral el último y más perfecto grado de la sabiduría.

El imperio del hombre sobre la naturaleza sólo es un medio para conseguir los fines superiores que son los altos fines morales.

Toda la ciencia y toda la filosofía es una preparación para llegar a la sabiduría.

“Scientiae omnes nihil aliud sunt quam humana sapientia, quae semper una et áadem est”.

Su moral, aún la moral de acción del Discurso del Método es unida estrechamente a su pensamiento íntimo y profundo. Vemos en Descartes siempre la prudente sabiduría de un hombre resuelto a la acción. En una carta dirigida a la princesa Isabel dice: “en cuanto a mí, la máxima que más he observado en toda la conducta de mi vida ha sido aquella de seguir solamente el grande camino y creer que la principal delicadeza es no querer usar delicadezas”, y apoyarse sobre la tradición que ve en ella una experiencia valdadera para todos los espíritus y que adquiere profundamente la virtud de la perpetuidad.

Esta sabiduría nos permite llegar al conocimiento de la verdad por las primeras causas, objeto propio de la filosofía. La sabiduría es el alimento del espíritu que es la parte más noble del hombre, es su Soberano Bien. Ella constituye la felicidad de las naciones y Cartesio, como Platón, dice que el más grande bien de un Estado es poseer verdaderos filósofos. Como los ojos guían nuestros pasos, la sabiduría dirige nuestra conducta en nuestra vida, ella nos lleva hacia Dios que es el único ser que es perfectamente sabio, es decir, que conoce todas las cosas y es la fuente de toda verdad. “Dios es el objeto de la razón humana. Sin El no hay conocimiento verdadero y cierto; sin El en el orden del real solo hay apariencias”.

Una de las principales cosas que le enseña el espíritu de la verdad en esa noche del 10 de Noviembre de 1619, que fué decisiva por la orientación de su pensamiento, es que existe en nosotros, como el fuego en la cilice, semillas de sabiduría. Una de sus primeras obras “*Studium Bonae mentis*” hoy día perdida, pero de ello Baillet nos dice que contenía consideraciones para conseguir la sabiduría, una de las cuales es: “el orden que se debe seguir para lograr la sabiduría, es decir la ciencia y la virtud, es unir las funciones de la voluntad con las actividades del entendimiento”. Hacia el

1628, en su obra "Regulae" vemos que las preocupaciones prácticas no se separan de su espíritu. Dice que todas las ciencias juntas no son sino la sabiduría humana que es siempre un *ay* universal a pesar de la diversidad de los objetos a que se aplica, y añade, "el hombre debe servirse de ella no para resolver los problemas de la escuela sino para mostrar a la voluntad el camino que debe tomar en la vida".

En 1637 Descartes siempre ha pensado, como lo expresa en su prefación de sus "Principia" que el hombre debe esforzarse para procurar formar una moral que sea suficiente para dirigir todas las acciones de la vida. Vivir bien es el objeto de todos los esfuerzos del hombre. Es un problema de acción y consecuentemente de la voluntad.

Su biógrafo el padre Baillet nos dice que desde 1620 Cartesio abandonó las matemáticas y si continúa estudiando la geometría y la física es porque, como lo confiesa el mismo, le sirven para establecer los fundamentos de su moral y para saber como debemos vivir.

En 1638 en una carta a Mersenne, Cartesio protesta querer abandonar la geometría y dedicarse enteramente a la ciencia del bien vivir. Entonces empieza el estudio de la moral que lo continúa hasta su muerte y no por una vana ostentación sino para dirigir su conducta. En su retiro de Holanda había este lema: "Bene vixit qui bene latuit". Chesalier, su amigo íntimo nos dice que la moral hacía el objeto de sus meditaciones ordinarias. Chanut en la carta que dirige a la princesa Isabel el 16 de Abril de 1650, dándole cuenta de la muerte de Descartes: en el octavo día de su enfermedad me comunicó que presentía su próximo desenlace fatal, que estaba preparado, salir de este mundo sin pena y con la seguridad en la misericordia de Dios. Agregó algunas otras palabras piadosas, firmes y dignas de un hombre no sólo filósofo sino religioso, dando a todos un ejemplo de pureza y probidad en la vida también un mes antes había cumplido con todos los deberes de un verdadero católico. Sin turbarse y sin inquietud esperó la muerte y repitió muchas veces que se retiraba contento de la vida y de los hombres confiado en la bondad de Dios".

Esta moral debe ser estudiada en su "Tratado de las Pasio-

nes del Alma", escrito en 1645 y publicado en 1649, en su Correspondencia con Chanut y sobre todo en las cartas dirigidas a la princesa Isabel. Estas últimas casi todas tratan de moral.

Descartes conoció a la princesa Isabel en La Haya, donde su padre Federico rey de Bohemia tenía la corte. La princesa, en la flor de la juventud, era dotada de una inteligencia viva, de un alma exquisitamente sensible; pero era melancólica y desdichada. La religión calvinista, en que vivió, fué incapaz de consolarla. La correspondencia de Descartes ha sido como una luz y un alivio. Fué una dirección moral. Es el epistolario más noble y atrayente. En él se encuentra alegría de vivir, pena de vivir, sentimiento religioso profundo y racionalista, ascensión, amor y disgusto de la acción, la vida entera es penetrada por la razón, la medida gobierna al individuo, todo obedece a un orden. Esta armonía hace nacer la belleza que no es sino el bien del hombre. Nada vale en la vida sino saber por qué se vive y el hombre debe armonizar sus actos con este conocimiento. Isabel fué una de las pocas personas que lo comprendieron: alma que sufre, que se perfecciona. Hay en las cartas la plenitud de la vida interior. De lo contingente se eleva a lo único necesario. Los problemas que se han planteado, ya los propusieron Platón, Aristóteles, la gente de alma noble se los propone aún hoy y siempre tienen la misma inquietud: es el conflicto incesante, la sabiduría humana nos guía hacia el soberano bien.

Isabel todo lo confía a Descartes: los infortunios de su familia, los negocios, los males del cuerpo, las penas del alma. Le confiesa sus faltas, pone a descubierto las debilidades de su carácter, le pide luz para las dudas de ciencia y teología, consuelo para el fastidio de su vida, quiere que se le sane su cuerpo y que le salve su alma.

Las relaciones de la princesa Isabel forman el episodio más interesante de la historia y de la vida del pensador francés. Maurice Barrés, seducido por la belleza de este trato de la vida del filósofo apasionado, pensaba escribir la historia de Descartes e Isabel.

Por esta princesa y por la reina Cristina de Suecia conocemos a Descartes moral; sin estas dos mujeres que las circunstancias ponen en el camino de la vida de nuestro filósofo, cuando ca-

si se aproximaba a su término, Cartesio se hubiera llevado a la tumba el secreto de la sabiduría, el sistema de su moral.

El sistema de Descartes le sugiere a la princesa una primera objeción ¿cómo el alma se une al cuerpo? que orienta al filósofo hacia la solución del problema: descubrir la vida y no la vida del alma o del cuerpo sino la vida del hombre.

Otra cuestión que le propone al respecto incitará a Descartes a escribir el "Tratado de las pasiones del alma", introducción necesaria para estudiar el soberano bien en moral. Es su inquietud espiritual que induce a Descartes a profundizar los misterios de la Providencia Divina, de la causalidad universal, del libre albedrío.

La piedra de toque de toda filosofía moral es el problema del dolor. ¿Cómo explicar este desorden? ¿cómo aceptarlo? y si más elevada es el alma, más reflexiva, más viva es su congoja. La princesa Isabel es poseída por este problema. La posición que ocupa en la sociedad, su espíritu de análisis, la pureza de su ideal la inducirán a mirar las cosas humanas en su justo valor y pide al moralista del deber y del orden la solución.

Las contestaciones de Cartesio a estos problemas revelan al hombre en su aspecto pleno y ocupan lugar de preferencia en su sistema. Habla con voz mesurada, dulce y tranquila, casi sonriendo; depone la máscara de la impassibilidad con la cual se vistió para aparecer sobre la escena del mundo como hacen los actores. "Ut comaedi, moniti ne in fronte appareat pudor, personam induunt, sic ego, hoc mundi theatrum ascensus, in quo hactenus spetator extiti, larvatus prodeo". Vemos, pues, que este rígido razonador es un corazón sensible. Lo dice bien claro: "yo no soy de esos filósofos crueles que quieren que un sabio sea insensible". Cor ad cor loquitur". Es que las cartas demuestran el calor de dos almas que se habían comprendido espiritualmente.

Es de remarcar que el filósofo durante toda su vida de estudio solo excepcionalmente se refirió a la especulación de los contemporáneos mientras por lo contrario toda disertación especialmente en materia de moral tiene un punto de apoyo o de confrontación en los autores de la antigüedad, sean éstos filósofos sean estos literatos. Es pues necesario el estudio de estos antecedentes que constituyen las fuentes de Cartesio.

El primero de los griegos que ha tratado esta cuestión es Platón. ¿Qué es lo que conduce a Platón a esa mística sabiduría donde se espacia el alma ávida de luz? Para explicarlo debemos profundizar la idea de sentimiento religioso en los griegos.

No existe religión sin sentimiento de dependencia hacia una potencia superior que nos gobierna y cuyas leyes rigen el orden del mundo y el curso de nuestra vida. Reconocer este estado de dependencia es admitir un homenaje de reverencia; el hombre debe respetar los derechos de la divinidad. No cumpliendo este deber viene el castigo; una larga sucesión de males aflige a los que han querido rebelarse a los dioses, ellos son todopoderosos. La sabiduría nos dice de resignarnos a su orden. El hombre es hombre y Dios es Dios, dos razas de las cuales una es sierva. Un sentimiento de dependencia, de reverencia, de temor y una resignación un tanto fatalista es el primer fondo de la psicología religiosa del pueblo griego.

Pero, en lo más profundo de su alma hay algo que no puede explicarse, sin embargo sufre, la vida pasa; más la sondea más se aflige, la vida es una larga carrera de males, los dioses en los cielos son felices. Mejor es no haber nacido, por lo tanto la vida no es sino una sombra ¿y después? el reino de las sombras.

Pero allá en los cielos los dioses son felices eternamente. Si se pudiera ser Dios, la felicidad, la eterna felicidad es privilegio de la divinidad. ¿Si el hombre pudiera asemejarse a Dios, si el hombre pudiera colmar esta laguna! La naturaleza del hombre siente el parentesco con la divinidad. ¿Es este un sueño? ¿Sólo un sueño? O no será alcanzar lo que hay de más humano en el hombre, de más esencial en su naturaleza, de más específico?

El pensamiento griego ha hecho este sueño, ha realizado esta ascensión. Fué Platón quien lo ha formulado en todo su vigor y sus ideas del ser, del divino, de la inmortalidad se imponen a la especulación filosófica. Pero este deseo de inmortalidad del hombre se obtiene por medio de una divinización. La "ataraxia" supone una "theopoesis", porque la inmortalidad es un privilegio esencialmente divino. La inmortalidad no conviene al hombre; él empieza, comienza, debe por lo tanto terminar; el nacimiento llama a la muerte,

pertenece al mundo donde todo es flujo y reflujo y cuya ley es el mismo flujo.

El hombre para immortalizarse debe cambiar de condición, de naturaleza. Más exactamente, según Platón, dejando ensanchar su alma o en el misterio, o en una ascensión hacia Dios. Más tarde este acto, o serie de actos, que produce la inmortalidad se llamará "apatánatismo". Un escritor cristiano, imbuido de helenismo, Hipólito, en el siglo III de Jesucristo, expresa este principio a maravilla: "ei atánatos, estai xai theos" (quien dice inmortal dice Dios). Si la sabiduría confiere a la inmortalidad es porque diviniza.

Es bajo este aspecto que debemos considerar el soberano bien en el movimiento filosófico.

El origen es el sentimiento de la miseria de la vida, y en el orden físico y moral, la obscura aspiración hacia una justicia más perfecta, una purificación más sublime, una unión más íntima con Dios.

Es Platón que, por primera vez, pone en luz este principio que el sabio llega a la inmortalidad asemejándose a Dios.

Es un concepto repetido y constante en Platón que la idea del divino implica la idea del ser y la dialéctica del divino responde a la dialéctica del ser y el ser es necesariamente ser, porque es divino. Ahora el ser esencial es la idea, la idea será el divino por esencia. Esto es lo que merece la idea de Dios. Idea suprema, fin del todo, esta idea, es decir, la idea del Bien, siendo el ser por excelencia es el divino más divino. El espíritu en la escalera de los seres ve Dios, la razón última de los seres. La idea divina es por sí eterna. Esto necesita una exégesis, porque si se demuestra una inmediata relación de la inmortalidad con el divino, es necesario entender lo que explica esta unión.

Una felicidad sin fin: esa era, a los ojos del pueblo, el privilegio más envidiable de la divinidad. Participar de esta divinidad, gozar de ella después de la muerte, para siempre era el efecto de un favor especial, era necesario que Dios elevara al hombre. Pero esta era una necesidad del corazón, o alguna analogía deducida de la familia más que una necesidad lógica.

En Platón la relación es invertida. La idea es eterna por-

que es inmutable y ella es inmutable, porque es el ser por sí "xatauto". Mientras el mundo de las apariencias no es más que flujo y reflujo, sombra del ser, el mundo de los inteligibles es inmutable, porque lo que forma la idea es el ser que no cambia. Se llega aquí al mismo origen, al mismo principio de la doctrina. La inmortalidad es el ser, incluye la eternidad, lo que no cambia ni empieza ni termina, el ser es divino, porque es eterno y es eterno, porque es inmutable. La dialéctica del divino responde a la dialéctica del inmutable en el mismo sentido y exacta medida que se ajusta al ser.

Esta soberanía de la idea del ser da a la iniciación filosófica griega sello propio.

La idea, el origen de la palabra lo indica, es el objeto de la visión. Lo que es en el mundo sensible la imagen al ojo, en la esfera del inteligible la idea es a la inteligencia. El conocimiento del ser es contemplación. La "apatánatismos", esta iniciación que inmortaliza al hombre coincide con la vida contemplativa. La inmortalidad es por lo tanto don de Dios, depende del hombre y de su contemplación, es el efecto de la "gnosis" no de los ritos ni de la virtud. Pero la teoría no es posible que por una disciplina que purifica la "nous". Esta trasposición, esta "catarsis" separa la "nous" de la materia, de las pasiones y la lleva hasta la idea del Bien, que es también Bello, es el Ser. Pero todo esto se realiza en el hombre. Es por la gnosis, por la contemplación que el sabio se inmortaliza. Son las consecuencias de la teoría de Platón.

Por la primera vez y de una manera decisiva el hombre es orientado hacia el "Soberano Bien". Lo que hay de específicamente humano en nosotros, la inteligencia, va, no hacia el objeto sensible, sino hacia la Idea, la idea es de otro mundo, que conoceremos después de la muerte. Por lo tanto la verdadera vida es la otra vida. Esta no es sino un tránsito, una esperanza, un ejercicio, una purificación. Todo esto que el hombre siente en sí ya no es una aspiración vaga, **es una ley del ser humano, fundada sobre principios.** La doctrina del soberano bien encuentra pues en Platón sus fundamentos que le aseguran su existencia y su naturaleza.

Para ello se necesita un parentesco entre Dios y el hombre. Es

un deseo legítimo y la filosofía lo justifica. Hay, entre el hombre y Dios parentesco natural, porque el hombre es "nous" y Dios es "nous". Sobre este punto un progreso es necesario y se realizó gracias a la metafísica de Aristóteles, donde la teología pagana llega a su perfección. Es sobre este principio que se levanta la Revelación Cristiana. Dios solo puede hacer conocer a Dios. Este es el principio cristiano., Dios puede alumbrar al alma humana creando esta alma, como ha creado las otras cosas, a su imagen.

Con Platón del orden del sentimiento se ha pasado al orden de la razón, del necesario.

Es en el cuadro platónico que, a través de Aristóteles, se injerta, como por vocación, la teología cristiana.

El problema moral en Descartes se formula del modo siguiente: ¿cuál es la vida verdaderamente humana?

Se entiende que es el hombre el que se propone esta cuestión y en el alma humana hay que relacionarla con la conciencia moral. Para Descartes la conciencia moral no es una facultad especial sino la resultante de dos facultades que se ocupan de la vida moral y de otros dominios.

El filósofo francés la define: la inteligencia y las pasiones que esclarece y solicitan a la voluntad. El Hombre piensa, concibe y ama al mismo tiempo la perfección y el bien, la verdad y el orden, los valores del individuo y de la sociedad.

Bajo estos diversos puntos de vista los pensamientos le aparecerán como opuestos, las tendencias incompatibles. La vida entonces obliga a la acción, a elegir, a hacer triunfar algunos principios y tendencias y sacrificar otros. Esta elección no se produce automáticamente por el triunfo del más fuerte elemento psicológico; el hombre es libre, es decir, dueño de la dirección de su pensamiento y de su voluntad.

En la moral cartesiana es por lo tanto la voluntad guiada e iluminada por la razón que manda el problema moral. Encontramos en ella dos ideas fundamentales: la idea del orden y la idea del bien, ideas simples irreductibles. El orden es el objeto de la razón, el bien es el objeto directo de la voluntad. La tendencia del hombre es la acción y la razón esclarece la acción.

La idea del orden es comprender (cum-prehendere, intus-le-

gere) es decir, unir, conocer las relaciones de las cosas. Delante del espectáculo de la multiplicidad, de la diversidad de los seres el espíritu siente la necesidad de la unidad que, sin suprimir la multiplicidad la domina. Es una nota profunda del ser inteligente que revela la unidad como necesaria. Nada es aislado, todo es solidario; nada es abandonado, todo es puesto en el orden. El orden manda, exige, es una necesidad.

¿Qué es el bien? Cartesio dice: es todo lo agradable; se ama inmediatamente lo que da placer, el mismo placer, el goce. La conducta del animal es gobernada prácticamente por la experiencia de lo agradable y de lo doloroso. Para el hombre esta manera se transforma en supra-empírica, la razón la transforma en orden, en bien moral, en bien que se debe amar. Entonces el individuo se transforma en supra-sensible universal, necesario absoluto como el pensamiento, racional; no se opone éste a aquél, lo sobrepasa, lo perfecciona.

Este concepto es obtenido por una vista de síntesis racional, propia de la naturaleza del hombre y de la posición del hombre en el universo.

La naturaleza del hombre es ordenada; consecuentemente tiene un fin supremo: el Soberano Bien. El hombre es un ser finito en marcha hacia este soberano bien, gobernado por la ley moral.

Pero ¿cómo determinar este soberano bien? Por el estudio de la naturaleza del hombre, de sus tendencias y de sus fuerzas.

Es suficiente estudiar las tendencias del hombre, es decir lo que empuja al hombre hacia su fin, porque en un ser bien hecho las tendencias están en armonía con sus fuerzas. Las fuerzas sin las tendencias nada producen, serían sin razón de ser, ininteligibles y las tendencias sin las fuerzas serían la ausencia del bien y el ser en su naturaleza no sería ni orden ni bien.

Cuando se pregunta a las tendencias del hombre que indiquen el fin de la vida la contestación no es indecisa, oscura. Todo, en nosotros, dice que aspiramos al soberano bien. El fin de la naturaleza humana es supra-individual, sobre humano. El soberano bien es la perfección universal y absoluta, es un progreso armonioso que sobrepasa la perfección de la persona y de la especie humana.

“La primera regla, escribe Descartes a la princesa Isabel, es servirse lo mejor que le sea posible, de su espíritu para conocer lo que debe hacer o no hacer el hombre en todas las circunstancias de su vida. Entre estos conocimientos el primero y principal es que existe un Dios, del que todas las cosas dependen, cuyas perfecciones son infinitas, cuyo poder es inmenso, cuyos decretos son infalibles; esto nos enseña a recibir en buena parte todas las cosas que nos acontecen como expresamente enviadas de Dios; y como el verdadero objeto del amor es la perfección, cuando elevamos nuestro espíritu para considerarlo tal cual es, nos encontramos tan inclinados a amarlo que deducimos alegría de nuestras mismas aflicciones, pensando que su voluntad se ejecuta al recibirlas”.

En la moral cartesiana el hombre es en su totalidad, para Dios; si la ley moral es un mandamiento de Dios, todos los deberes del hombre deben ser considerados como deberes hacia Dios. El hombre debe con su espíritu, con su voluntad, con su ser, con la expansión suya que es la sociedad, en nombre del universo creado del cual es forma inteligente, proclamar la verdad sobre Dios, el ser absolutamente perfecto, la bondad, la sabiduría infinita, debe el hombre agregar a todo esto la expresión de su necesidad de luz, de fuerza y de perdón; debe darse y abandonarse a esa Providencia que se ha dignado crearlo. Este es el verdadero modo para el hombre de vivir en el bien y en el orden, es la Religión. De tal manera por el ser imperfecto se realiza una perfección exterior, la gloria de Dios, conocida, amada, proclamada y admirada por el hombre virtuoso.

Es de esta concepción de Dios que deriva en Descartes ese acento profundamente religioso, místico, noble y elevado que se nota en las bellas cartas escritas a la princesa Isabel, a la reina Cristina de Suecia y a Chanut. La grandeza moral es la expresión culminante de Descartes.

De esta manera se realiza el orden. Esta gran idea del orden es el fundamento del pensamiento griego, en todos los matices filosóficos. Sea que se trate en Epicuro del “edone”, sea que se trate en Aristóteles de armonizar el hombre con las esencias, con la naturaleza, con la “physis” de cada ser, o con Zenón de obedecer a un

plan divino la idea central es siempre la misma: es necesario conformarse al orden, Kosmos.

El mérito de Descartes es haber vivido esta vida.

Al día siguiente del famoso sueño, ruega a Dios, dice Baillet, que le dé luz y lo conduzca hacia la verdad y el bien. Dirigió sus ojos inquietos a la Virgen María, pidiéndole ayuda para realizar este propósito que consideraba el más importante de su vida, hasta formular el voto de ir a pié en peregrinación hasta Loreto, que guarda la santa casa de Nazareth. Aunque sus fuerzas no le permitieron exponerse a esta dura fatiga, al llegar a Loreto fué admirado por su humilde y ardiente devoción.

Este texto de Baillet es de una importancia considerable, porque nos revela un Descartes no solo de frío racionalista y especulativo, sino un alma sensible, un alma sinceramente religiosa. Además este momento de la vida del filósofo pone en su verdadera luz el sistema de su filosofía. Milhaud lo ha hecho resaltar. "No es posible después de todo esto, ver, como han querido algunos filósofos, en las afirmaciones de la existencia de Dios, fundamento de todo su sistema, un artificio de prudente precaución y hasta una actitud hipócrita. Su doctrina no es sino la traducción racional de la inspiración de 10 de Noviembre de 1619, que fué sin duda alguna el acontecimiento más importante de la vida de nuestro filósofo.

El primer libro que escribe en su retiro de Holanda es un tratado de metafísica, cuyo punto principal es la existencia de Dios. Toda la naturaleza no puede ser explicada sin Dios. En el Discurso del Método encontramos las pruebas sobre la existencia de Dios. Este es el título del tercer libro: "Meditaciones in quibus Dei existentia et animae immortalitas demonstrantur". En una carta a su más íntimo amigo el padre Mersenne escribe: "la razón de ser de este libro es fundamentar sobre la existencia de Dios, fuente de toda verdad y creador de todo lo que existe, mi sistema.

"La segunda cosa que hay que conocer, dice nuestro filósofo, es la naturaleza del alma, en tanto que ella subsiste sin el cuerpo, más noble que éste y capaz de una infinidad de contentos que no se encuentran en esta vida; ello nos impide temer la muerte y alejar totalmente nuestras afecciones de las cosas del mundo que miramos con desprecio todo lo que está en poder de la fortuna".

El alma del hombre es inmortal y como tal imita la eternidad. Sus caracteres específicos, razón, amor de la perfección, voluntad libre son una participación del absoluto. Su desarrollo libre y armonioso agrega perfección a su persona, la libertad lo rinde absoluto en su devenir, su crecimiento armonioso le da un máximum de ser y unidad. De tal manera encuentra en sí la regla, la causa, la superación, y el fin de su vida moral.

“La contemplación del Universo, dice Descartes, ayuda al conocimiento del hombre, porque destruye la falsa idea de un mundo que tiene en el hombre su fin. “Si uno se imagina que más allá de los cielos nada hay más que espacios imaginarios y que todos los cielos son hechos para el servicio de la tierra y la tierra para el servicio de los hombres, esto nos induce a pensar que nuestra tierra es la principal morada y nuestra vida la mejor, y en cambio, de conocer las perfecciones que están adentro de nosotros, se atribuyen a otras criaturas imperfecciones que no tienen para elevarse sobre ellas y entrando en una presunción impertinente uno quiere ser consejero de Dios y tomar con El el cargo de conducir el mundo, lo que causa una infinidad de inquietud y trastornos”.

Después de haber conocido la bondad de Dios, la inmortalidad del alma, la grandeza del universo hay otra verdad importante: “a pesar de que cada uno es separado por los demás, no puede vivir solo; el hombre es parte de esta tierra de este Estado, de esta sociedad, de esta familia a las cuales está unido por su origen, su juramento y su morada”.

Para el filósofo francés el bien individual es incompatible y precario cuando no se apoya sobre el bien común, por lo tanto son necesarios sacrificios; el orden moral ordena cumplirlos. Este cumplimiento constituye una parte importante del esfuerzo humano que tiende a su perfección.

De allí nace la búsqueda positiva de la prosperidad social y de su desarrollo y la lucha contra sus obstáculos. Promover el progreso material e intelectual, luchar contra las causas de la decadencia y de la anarquía es el fin de la organización racional de los individuos agrupados. “Este principio de la moral social, dice Cartesio, es la fuente y el origen de todas las más heroicas acciones que pueden hacer los hombres. “(15 de Setiembre de 1645)”.

“La segunda regla es tener una firme y constante resolución de ejecutar todo lo que la razón le aconseja sin que sus pasiones y afecciones lo desvíen y, prosigue Descartes, “es la firmeza de esta resolución que yo pienso deba ser tenida por la virtud”.

En la segunda carta dirigida a la princesa Isabel, sobre “De Vita beata” de Séneca (18 de Agosto de 1645) precisa mejor este concepto: “Para tener un contento duradero y sólido, es necesario seguir la virtud, es decir tener una firme y constante voluntad de ejecutar todo lo que nosotros juzgamos ser lo mejor y emplear toda la fuerza de nuestro entendimiento para juzgarlo bien”. El mismo concepto repite a la reina Cristina de Suecia en una carta sobre el soberano bien del 20 de Noviembre de 1647. En otra (18 de mayo de 1645) a la princesa Isabel el filósofo dice: “la diferencia entre las grandes almas y las almas vulgares consiste principalmente en que las almas vulgares se dejan llevar por sus pasiones y son felices o infelices según que las cosas son a ellas agradables o desagradables; mientras que las almas grandes tienen razonamientos tan fuertes y poderosos que a pesar de sus pasiones, y a menudo éstas muy violentas, su razón es constantemente dueña y hace servir las pasiones y contribuyen a su perfecta felicidad”.

Esto nos lleva al perfecto dominio de nosotros mismos.

¿Pero cómo llegar a ese dominio en que Descartes coloca la grandeza del hombre? Domeñar, con una educación apropiada, las propias pasiones y someterlas a su voluntad.

Importa al moralista conocer la naturaleza de cada pasión, medir el poder que tienen sobre nuestra voluntad y el poder que nuestra voluntad tiene sobre ellas.

Descartes estudia este punto importante en el “Tratado de las pasiones” que debemos a la princesa Isabel; es a raíz de sus instancias que ha publicado este nuevo e interesante tratado.

Las pasiones son “emociones o afecciones del alma” que se relacionan con la misma alma. Por lo tanto se distinguen de las sensaciones que se relacionan con los objetos exteriores del alma. Estas pasiones son generadas y aumentadas por el movimiento del espíritu. El estudio de este movimiento desconocido al alma, que siente su efecto, entra en el tratado de la física del cuerpo. Descartes trata de determinar cuáles movimientos particulares del espíritu son

adherentes a cada pasión y por qué este movimiento continúa en las manifestaciones orgánicas que nosotros llamamos emoción, movimiento de cólera, lágrimas, aburrimiento, postración.

Este movimiento del espíritu tiene en general su punto de partida en la impresión de un objeto exterior sobre los sentidos. Es la actitud tomada pasivamente por la voluntad referente a estos objetos, bajo la influencia del movimiento del espíritu, que constituyen en su esencia las pasiones.

La primera pasión es la "admiración, que en Descartes es una forma de la atención, por medio de ella un objeto es puesto como en primer plan, por su novedad, sobre los otros. Después viene el "amor", por el cual la voluntad goza del objeto y el "odio" por medio del cual la voluntad se deshace de un objeto, la "alegría", y la "tristeza" suponen siempre el amor y el odio, porque ellas derivan, la primera de la satisfacción de sus pasiones y la segunda de la contrariedad de ellas. Todas las demás pasiones son aspectos diferentes de estas cinco pasiones primitivas.

El oficio de las pasiones es disponer nuestra voluntad para adquirir nuevos conocimientos (admiración), buscar lo que nos es útil (amor) evitar el daño (odio). Las pasiones son verdaderos juicios, fortifican y hacen perdurar en el alma pensamientos directores. "El mal que pueden causar, dice Cartesio, es que pueden fortificar y hacer perdurar estos pensamientos más de lo necesario". La finalidad de las pasiones, por lo tanto, es sólo general: lo que amamos no es todo bien, lo que lo que odiamos no es todo mal. Las circunstancias influyen sobre estos juicios. El hombre por medio de la medicina, de la higiene y una adecuada alimentación puede educar "los espíritus animales" que influyen en el cerebro. Debe ser tenida muy en cuenta esta terapéutica física. Existe además una terapéutica intelectual. Según Descartes la acción del cuerpo sobre el alma tiene lugar en un solo órgano, "en la glándula pineal" ubicada bajo el cerebro y "sede del alma". Para Descartes era el órgano de los espíritus animales, provenientes del corazón y de los órganos de los sentidos. El alma obra por sí misma en el movimiento de los espíritus. El alma no es una fuerza motora, es decir, no agrega una cantidad de movimiento a la cantidad del movimiento existente en el universo, pero puede cambiar su dirección;

utiliza la fuerza como un caballero que dirige su caballo, nada influye sobre la fuerza del animal; el alma puede cambiar la dirección del movimiento de la glándula pineal e influir sobre los espíritus animales, el cerebro y los músculos.

La voluntad queriendo este movimiento provoca la dirección. En este sentido la voluntad tiene un poder casi infinito.

Dominar sus pasiones no quiere decir suprimir la fuerza que ellas tienen: *Vidimus enim, eas omnes, natura sua, bonas esse nihilque nobis vitandum in illis praeter earum pravos usus aut excessus*". (211) Ellas son buenas por su naturaleza, solo debemos evitar su mal uso y su exceso.

Según la regla de la razón, dice nuestro filósofo, cada pasión debe medirse por la grandeza y perfección que produce. Ahora el soberano bien es el conocimiento de la verdad, y la virtud es la firme y constante resolución de subordinar nuestra voluntad a la luz de nuestra inteligencia. Por lo tanto es el ejercicio razonado de la voluntad que produce el más grande placer. Este placer es independiente del cuerpo, el alma tiene pasiones que no dependen del cuerpo, su amor, su alegría, y cuyas causas nos son desconocidas. Son estas pasiones que los estoicos llaman "Eúpatheia" y de las cuales sólo el sabio es dotado; es en ellas que reside el soberano bien.

La estimación exacta de nuestro valor es el fruto de la generosidad, pasión que sólo es un aspecto de la búsqueda de la verdad. El generoso se da cuenta de que el valor humano no consiste en la superioridad de la inteligencia, sino en la voluntad y en su firmeza por la cual se decide a lo que aparece mejor a su inteligencia.

Este es el fundamento de la moral cartesiana y una de sus más geniales creaciones. No solo la moral, sino toda su filosofía, apoyada sobre el método, es una cultura del juicio, una voluntad permanente y constante de no adherirse sino a ideas claras y distintas. "Formar ideas claras de las cosas de las cuales se quiere juzgar... es principalmente lo que yo busco de enseñar por medio de mis "Meditaciones". La intuición profunda de la matemática, de la física y de la metafísica, no es aumentar nuestro conocimiento de Dios, de la naturaleza, de la moral; sino fortificar el juicio de este

conocimiento. Porque el juicio es un acto de la voluntad libre, la filosofía cartesiana encierra desde su principio esta actitud de la voluntad en que consiste la virtud.

Es este el punto más característico y nuevo de la moral de Descartes.

“Mientras el hombre se conduce de esta manera según la razón, todos los bienes que no posee son fuera de su poder, y por este medio el hombre se acostumbra a no desearlos, porque sólo el deseo, el pensar y el arrepentimiento nos pueden impedir de ser contentos; pero si nosotros hacemos siempre lo que nos dicta la razón no tendremos algún motivo para arrepentirnos”. Esta es la última regla.

Es por lo tanto en el uso de la razón y de la libertad subordinadas al bien, es decir a Dios, que reside para el hombre la verdadera felicidad.

“No hay persona que no desee ser feliz, dice nuestro filósofo, pero sólo el que tiene el libre uso de la razón obtiene el soberano bien”.

Este bien es superior a los placeres, a las satisfacciones que son bienes dependientes; la razón escoge entre ellos dando a cada uno su justo valor. Todo placer hay que estimarlo y medirlo por la grandeza de la perfección que produce. El verdadero oficio de la razón es examinar claramente el justo valor de todos los bienes, cuya adquisición parece depender de nuestra conducta a fin de que nunca dejemos de emplear nuestro entendimiento para procurarnos los que son más deseables. (“Carta a la princesa Isabel de 1º de Setiembre de 1645”). Por lo tanto para medirlos hay que tener en cuenta la perfección superior y su relación con nosotros y entonces en vez de resultar este soberano bien de la fortuna, proviene del contento del espíritu que por medio de la virtud consigue la sabiduría y su perfección.

A esta altura de la moral de Descartes hemos ido más allá de la moral humanista y estoica; hemos llegado a la moral cristiana que acepta con alegría la voluntad de Dios hasta cuando le impone el sacrificio.

Los humanistas del siglo XVI abandonaron a Dios para ir a

Séneca. Descartes toma su punto de partida de Séneca para llegar donde Séneca no puede seguirlo.

Por bellas que sean las formas que embriagan a la humanidad en su caída del sobrehumano al humano, el hombre busca en sí el interés supremo y aún viéndose desnudo, no se rinde, no se avergüenza como una vez en el jardín perdido, sino que vanamente se admira a sí mismo.

Descartes repara este estrago. Hay otra cosa más grande que la moral humanista; se orienta hacia la altura, sube la cuesta florida que Erasmo Pompanazzi y Montaigne han descendido.

Ni en el humanismo, ni entre los griegos el hombre encuentra su paz total. Si en el Fedón Sócrates repudia el suicidio el estoicismo invita a esta liberación y Epicuro nos llama a su ataraxia. Todos ellos alcanzan el mismo fin: No más sentir, no más pensar, olvidar.

eude brefos, eudeto de pontos
ameteron de ámetron
eudeto cacón. (Simónides)

Duerme, mi niño, que duerme el mar y duerme nuestro inmenso infortunio.

¿Y no recuerda este canto aquella copla popular, que el inquieto Unamuno hizo propia en un instante de profunda incertidumbre y abandono?

Cada vez que considero
Que me tengo que morir
Tiendo mi capa en el suelo
Y no me hartó de dormir.

¡Qué triste suerte la del hombre, que después de haberse puesto a sí mismo, como centro del universo, tuvo que concluir que es mejor el sueño, esto es que las facultades más altas se apaguen, porque la vida no tiene sentido!

Señores, la idea de la belleza es muy poca cosa en una vida

devastada. ¿Qué vale admirar el orden y la armonía de lo exterior, si solo sirve para hacer más hondo el vacío del alma humana?

Soñó el Stoá hallar en el hombre el hálito de la divinidad y la medida del mundo, e impotente suplicó la ayuda de los Dioses en el esfuerzo de ascender.

Pero la plegaria estóica ha muerto. Los filósofos llegaron a la ribera amarga de Aquerontes, envueltos en la sombra, y desde lejos oyeron surgir la plegaria cristiana:

Padre Nuestro, que estás en los Cielos. . . .

la Plegaria cristiana, que no muere, la plegaria cristiana que conduce por los dolores del mundo, a la florida senda de la esperanza.

Juan E. CAVAZZANA.

BIBLIOGRAFIA

- Renati Descartes.—Opera Omnia.—Amstelodami 1678.
 Descartes.—Lettres sur la Moral.
 Baillet.—La vie de Monsieur Descartes.
 Blondel.—Le Cristianisme de Descartes.
 Boutrox.—Du rapport de la Morale a la Science Rev. Met. et M., 1896.
 Bréhier.—Histoire de la Philosophie.
 Brochard.—Descartes stoiciem.
 Cantecor.—L'oisive adolescence de Descartes Rev. d'Hist. de la Phil. 1930.
 Chevalier.—Descartes.
 Dehove.—Le libre arbitre chez Descartes Rev. de Phil. 1924.
 Dimier.—Descartes.—Paris 1917.
 Espinas.—Descartes et la Moral, 1924.
 Gilson.—La doctrine cartesienne de la liberté et la teologie.
 La Pensée religieuse de Descartes. Rev. Met. et Moral 1925.
 Zeller.—Filosofia dei Greci.